Dos padres para una hija

3781

GALERIA DRAMATICA

DE

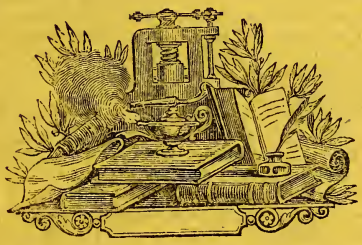
DON MANUEL PEDRO DELGADO,

en Madrid, calle de Jesus y María, n.º 4.

COMPRENDE

MUCHAS Y BUENAS OBRAS DE TEATRO,

ESCRITAS POR AUTORES DE CONOCIDA REPUTACION.



SE VENDEN AL POR MENOR EN MADRID

librerías de Cuesta y Rios.

Y en las provincias, á la vuelta se citan.

14

CATÁLOGO DE LAS COMEDIAS QUE CONTIENE ESTA GALERÍA,

publicadas hasta 1.° de Febrero de 1858.

Abadía de Castro.—Abuelito.—Abuelo.—Abuela.—A cazar me vuelvo.—Acertar erran
Accion de Villalar.—Adel el Zegrí.—Adolfo.—Afan de figurar.—A la una.—A la Zorra candila.
Alberoni.—Alberto.—Alcalde Ronquillo.—Al César lo que es del César.—A lo hecho pecho.-
fonso el Casto.—Alfredo de Lara.—Alfonso Munio.—Alonso Cano.—Amante prestado.—Ama
de Teruel.—Ambicion.—Ambicioso.—Amigo en candelero.—Amigo mártir.—Amo criado.—A
de madre.—Amor de hija.—Amor y deber.—Amor y nobleza.—Amor y amistad.—Amor y
sus agravios.—Amoríos de 1790.—Angelo.—Ango.—Antony.—Antonio Perez.—Apoteosis de
deron.—Aragon y Castilla.—Ardides de un cesante.—A rio revuelto.—Arte de conspirar.—
de hacer fortuna.—Astrólogo de Valladolid.—Atrás.—Aviso á las coquetas.—A un cobarde
mayor.—Aurora de Colon.—Ayuda de cámara.—Anillo de la duquesa.—Arte por el empl
Amores á nieve.—Amar sin dejarse amar.

Bachiller Mendarias.—Baltasar Cozza.—Bandera blanca.—Bandera negra.—Bárbara B
berg.—Barbero de Sevilla.—Bastardo.—Batelera de Pasages.—Batilde, ó América libre.—Ba
cas.—Blanca de Borbon.—Beltran el napolitano.—Bodas de doña Sancha.—Borrascas del c
zon.—Bruja de Lanjaron.—Bruno el tejedor.

Caballero de industria.—Caballero leal.—Caballo del rey don Sancho.—Cada cual con s
zon.—Cada cosa en su tiempo.—Calentura.—Calígula.—Calumnia.—Campanero de S. Pab
Capas.—Capitan de Fragata.—Carcajada.—Carcelero.—Cárlos II el hechizado.—Cárlos V en
frin.—Casada, vírgen y mártir.—Casamiento nulo.—Casamiento sin amor.—Casamiento á m
noche.—Cásate por interés.—Castigo de una madre.—Castillo de S. Alberto.—Casualidades.-
talina de Médicis.—Catalina Howar.—Cazar en vedado.—Cecilia la cieguecita.—Celos.—C
infundados.—Cerdan, justicia de Aragon.—Chiton.—Cisterna de Albi.—Club revolucionari
Cobradores del banco.—Coja y el encogido.—Colegialas de Saint-Cyr.—Colon y el judío errant
Cómicos del rey de Prusia.—Comodin.—Compositor y la estrangera.—Conde don Julian.—
juracion de Fiesco.—Conspirar por no reinar.—Con amor y sin dinero.—Contigo pan y cebol
Copa de marfil.—Corazon de un soldado.—Corsario.—Corte del Buen Retiro, 1.ª parte.—C
del Buen Retiro, 2.ª parte.—Corte de Cárlos II.—Cortesanos de don Juan II.—Crisol de la lealta
Cristiano, ó las máscaras negras.—Cristóbal el leñador.—Cromwel.—Cruz de oro.—Cuand
acaba el amor.—Cuarentena.—Cuarto de hora.—Cuentas atrasadas.—Cuidado con las amiga
Cuñado.—Cuna no dá nobleza.—Celos de un alma noble.

Daniel el tambor.—Degollacion de los inocentes.—Del mal el menos.—Desban.—Desco
do.—Desengaño en un sueño.—Detrás de la cruz el diablo.—De un apuro otro mayor.—Di
Cojuelo.—Dia mas feliz de la vida.—Diana de Chivri.—Dios mejora sus horas.—Dios los cr
ellos se juntan.—Diplomático.—Disfraz.—Disfraces á media noche.—Dómine consejero.—Do
varo de Luna.—Don Alvaro ó la fuerza del sino.—Don Crisanto.—Don Fernando el de Ante
ra.—Don Fernando el Emplazado.—Don Jaime el Conquistador.—Don Juan de Austria.—
Juan Tenorio.—Don Juan de Marana.—Don Rodrigo Calderon.—Don Trifon, ó todo por el d
ro.—Don Juan Trapisonda.—Doña Blanca de Navarra.—Doña Gimena de Ordoñez.—Doña M
de Molina.—Doña Mencía.—Doña Urraca.—Dos amos para un criado.—Dos hijas casadera
Dos doctores.—Dos coronas.—Dos validos.—Dos celosos.—Dos granaderos.—Dos padres
una hija.—Dos solterones.—Dos vireyes.—Dos venganzas y un castigo.—Dos tribunos.—Dun
y compañía.—Duque de Braganza.—Duque de Alba.—Duquesita.—Dote de María.—Dios c
ga sin palo.—Duende del meson, *zarzuela.*

E. H.—Eco del torrente.—Editor responsable.—Egilona.—Elisa, ó el precipicio.—El qu
casa por todo pasa.—Elvira de Albornoz.—Ella es.—Ella es él.—Ellas y nosotros.—Emili
Empeños de una venganza.—Encubierto de Valencia.—Encantos de la voz.—Engañar co
verdad.—Entremetido.—Entrada en el gran mundo.—Ernesto.—Errores del corazon.—Esca
de mano.—Escuela de las casadas.—Escuela de las coquetas.—Escuela de los periodistas.—
cuela de los viejos.—Espada de mi padre.—Espada de un caballero.—Españoles sobre tod
Estaba de Dios.—Está loca.—Estrella de oro.—Errar la vocacion.—Es un bandido.—Estup
y ambicion.—Escomulgado.—El diablo está en todas partes.—En palacio y en la calle.—Esc
del siglo de las luces.—Espulsion de los jesuitas.—Escuela de las amigas.—Espiacion de un de

Fabio el novicio.—Familia del boticario.—Familia de Falklan.—Familia improvisada.—F
tico por las comedias.—Farsa, ó mentira y verdad.—Felipe.—Felipe el Hermoso.—Feri
Mairena.—Fernan-Gonzalez, 1.ª parte.—Fernan-Gonzalez, 2.ª parte.—Finezas contra desvío
Flaquezas ministeriales.—Flavio Recaredo.—Floresinda.—Fortuna contra fortuna.—Fray
de Leon.—Frenología y magnetismo.—Frontera de Saboya.—Funcion de boda sin boda.—Fé
peranza y osadía.

Gaban del rey.—Gabriel.—Gabriela de Belle Isle.—Galan duende.—Ganar perdiendo.—Ga
laso de la Vega.—Gaspar el ganadero.—Gastrónomo sin dinero.—Gata mujer.—Genoveva.—C
dolero.—Gran capitan.—Grumete.—Guante de Coradino.—Guantes amarillos.—Guillelmo
man.—Guillelmo Tell.—Guzman el bueno.—Gracias de Gedeon.—Garras del diablo, *zarzue*

Hasta el fin nadie es dichoso.—Hacerse amor con peluca.—Hermana del sargento.—Her
ni, ó el honor castellano.—Héroe por fuerza.—Heroismo y virtud.—Higuamota.—Hija del
ro.—Hija del regente.—Hija, esposa y madre.—Hijo de la tempestad.—Hijo de la viuda.—

DOS PADRES

PARA UNA HIJA,

COMEDIA EN DOS ACTOS,

TRADUCIDA DEL FRANCES

POR

DON JUAN LOMBÍA,

Y REPRESENTADA EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE EL DIA 11 DE JULIO DE 1839.

LIBRERIA DE CUESTA
CARRETAS 9 MADRID

MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES,
CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.
1839.

PERSONAS.	ACTORES.
ROBERTO MAX, estudiante.	*D. J. Lombía.*
DAUFHIN, fabricante de cerveza .	*D. L. Fabiani.*
JULIANA, ama de cria.	*Doña F. Casanova.*
UN MOZO DE CAFÉ. (14 años.) .	*Doña J. Vera.*
UN SARGENTO	*D. L. Zafra.*
UN CARRETERO	*D. I. Silvostri.*
QUINTOS.	
ANITA	*Doña T. Lamadrid.*
ROSALIA	*Doña G. Llorente.*
UN CABO DE GENDARMES	*D. F. Reyes.*
UN CRIADO.	

La accion, en el primer acto, pasa en San Dionisio en 1814, y en el segundo en Montereau en 1830.

Esta comedia, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real órden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

ACTO PRIMERO.

Interior de un café.

ESCENA PRIMERA.

SARGENTOS *y* QUINTOS *en varias mesas bebiendo, y un mozo del café.*

Quinto 1.º Por la de usted, sargento.

Sargento. Gracias, muchachos: buenos reclutas, voto á brios! pagar el vino y beberlo á la salud de su sargento, es portarse como verdaderos soldados, y me parece que vosotros no sentireis el veros cara á cara con los prusianos y los austriacos.

Quinto 1.º Nada de eso, mi sargento.

Sargento. Sin embargo, veo que no estais del todo contentos: echais de menos la madre, la novia y la olla de casa, eh? Todo eso se olvida al ver la Francia invadida por los estrangeros; por el pronto se trata de reunirnos á nuestros camaradas para librar á Troyes y Chalons del enemigo, que es lo que corre mas prisa.

Mozo. Voto va! Con que estan dos ciudades en poder de esos perros!.. por vida de...

Sargento. Sí, muñeco; y ahí tienes por lo que este café está servido por un vicho como tú... porque todos los que tienen figura corporal como nosotros, se aprovecha de ellos la patria, y tú te quedas aqui porque no eres hombre. Yo y mi camarada el sargento Beauvisage estamos encargados en Paris de la calle de Santiago; estos son los mios, y esperamos á los otros aqui, en San Dionisio: mis guapos reclutas me han ofrecido un trago de vino, y la política no prohibe rehusarlo. (*Bebe.*) A vuestra salud, muchachos.

Quinto 1.º A la de usted, sargento.

669674

Mozo. Calla! alli hay uno que no hace mas que llegar el vaso á los labios; está triste: majadero! no conoce lo feliz que es en tener la edad para ir á batirse... ah! Si yo pudiese...

Sargento. Firmeza, bribonzuelo: cómo estamos aqui? Tome usted ejemplo de mi reclutilla Roberto Max, estudiante de derecho público, desaplicado en grado heróico, segun me han dicho sus vecinos; pero alli verá usted un recluta alegre y satisfecho; salta de alegría, no para; todo se le vuelve hacer cabriolas... Pero á todo esto ya tarda bastante; le he dado permiso por un rato, para que se despida de sus amigos, y debe reunirse aqui con nosotros... yo creo que ya abusa de mi tolerancia particular, porque de no ser asi...

Quinto. Vamos otro trago, mi sargento.

Sargento. Vaya por la gloria de la Francia!

Quinto. Viva.

ESCENA II.

Dichos y DOFEN.

Dofen. Mozo, mozo.

Mozo. Aqui estoy: calla, es el señor Dofen! Buenos dias, señor Dofen: ¿qué quiere usted, limon ó cerveza?

Dofen. Cerveza? Está usted en su juicio, muchacho? Ahora vendria aqui á beber cerveza, estando al frente de la mejor fábrica de ella que hay en San Dionisio!.. Aunque estuviese... no trato de semejante cosa.

Mozo. Eso es diferente.

Dofen. Es muy distinto el motivo que me trae, y con esta van cuatro veces que he venido hoy.... dígame usted, ha llegado?..

Mozo. Quién?

Dofen. La diligencia de Chalons?

Mozo. Todavía no; pero ya no puede tardar.

Dofen. Pues me ha escrito que llegaria hoy 17 de febrero de 1814.

Mozo. Quién le ha escrito á usted, la diligencia?

Dofen. Eh! no señor... el ama... el ama de leche de

mi niña ; la mercantil lugareña que alimenta hace quince meses á mi Anita ; á mi único fruto de bendicion.—Estoy en brasas! precisamente ha de haber volcado.

Mozo. Quién, el ama?

Dofen. No, hombre, la diligencia... ya hace bastante tiempo que la estoy dando sus veinte pesetas al mes y el azúcar y el jabon... al ama digo, no crea usted que á la diligencia. Cuando la pido que me devuelva mi hija, debia hacerlo al instante; y mas, cuando ve las ocurrencias políticas.... porque bien conocerá usted que no debo dejar una jóven de quince meses en un pueblo invadido por los cosacos.

Sargento. Quién habla de los cosacos?

Dofen. Hola, hola! bien! jóvenes guerreros, con su sargento á la cabeza!... Ustedes irán á reunirse en Champagne con el ejército? Bien! honor (*Se quita la gorra.*) á los valientes! Sargento, permítame usted que le dé la mano... Ah! si yo no tuviese muger ni hija, ni fábrica de cerveza, con qué valor iria con ustedes á destrozar á los estrangeros! «Salid de mi patria,» les diria; «este no es vuestro pais.» No entenderian mi lengua; pero un fusil se hace comprender en todas partes.

Sargento. Con que usted es un patriota?

Dofen. Sargento, yo soy francés... todos los que hemos nacido en Francia, somos... franceses, desde los niños de teta, hasta los viejos mas arrugados... Asi, yo os ayudaré... con mis votos, con mis buenos deseos; y cuando volvais por San Dionisio vencedores, tendreis á vuestra disposicion toda mi fábrica; un torrente, una avenida de cerveza en honor del ejército frances! Por vida! temo que se le rompa alguna rueda!

Sargento. Qué dice usted? al ejército frances?

Dofen. Hombre, no: si hablo de la diligencia de Chalons... Vamos, una vez que aun no ha llegado, voy á decir á mi muger que no hay novedad ninguna. Adios, valientes militares.

Todos. Abur, abur.

ESCENA III.

Dichos, menos DOFEN: *luego* MAX.

Sargento. Voto á!.. Ya pierdo la paciencia. Cuando llegue el otro destacamento, debo tener reunidos los del mio, y ese botarate de Max. (*Oye correr.*) Qué es eso?

Mozo. Un jóven que llega.

Sargento. Si será... Sí... el mismo... él es, bien le conozco... eh! por aqui, por aqui.

Max. Qué tal, mi sargento, soy hombre de palabra, ó no? Le habia prometido á usted no faltar á la hora de la reunion, y aqui estoy. Habia ofrecido tambien á mis amigos que nos comeríamos de una sentada el producto de todos mis trastos, desde el tablado de la cama hasta los cepillos de las botas, y asi lo he cumplido; todo lo hemos devorado, convertido en jamon, pollos y escelentes vinos. Digo... (*Dándose en los bolsillos.*) á la prueba me remito... no queda ni rastro... Este es el modo de cumplir los juramentos.

Sargento. Qué os decia yo? Aqui teneis un recluta decidido... y siempre alegre!.. deseando partir.

Max. Cada vez mas. Qué puede detenerme?.. no tengo oficio, ni beneficio, ni familia, ni nadie que se interese por mí... Soy dueño de mi persona, y puedo regalársela al que me acomode: ¿á quién mejor que á la patria? Ademas, nunca he tenido dos pesetas juntas, y ya hacía tiempo que buscaba uno que me proporcionase gratis ropa, casa y comida... un ser ideal por supuesto, que yo me forjaba en la imaginacion; y cuando menos lo pensaba, le he encontrado real y verdadero, el gobierno! Cabal: me da por alojamiento el vivaque, por comida el rancho, y un capote gris para vestirme; cuida de que no perjudique á mi salud la falta de ejercicio, y en los ratos de asueto me proporciona sus correspondientes balazos á discrecion para divertirme; llevaré al lado mis bravos compañeros, detras de mí nadie que me detenga, y delante la gloria esperán-

dome siempre... ¡qué perspectiva tan deliciosa! Voy loco de alegria, mi sargento!

Sargento. Bravo! Ea, muchachos, la espuela. (*Beben.*) Vamos, bribonzuelo! no dejas por ahí alguna rubita, ó morena, que te llame la atencion?

Max. Eso sí, muchas, de todos colores; desde el blanco y el carmin mas brillante, hasta el verdinegro mas pronunciado... pero todo eso no es mas que broma, caprichos pasageros, cuya memoria dura mientras el objeto está presente. En mi vida he tenido mas que un compromiso formal... ese, sí, hubiera durado toda la vida; pero desgraciadamente no pasó de veinte y cuatro horas. (*Risa general.*) No, no hay que reirse; es una aventura que pertenece al género sério... una novela que concluyó en el primer capítulo. Hace dos años que me sucedió... Usted debe acordarse, mi sargento, de la famosa revista del 15 de agosto, en celebridad de los dias del emperador...

Sargento. Yo lo creo que me acuerdo: cien mil hombres éramos en el campo de Marte! y un gentío!... un tropel!..

Max. En aquel tropel tuvo su origen mi aventura: al desfilar la caballeria se armó un barullo de todos los diablos... una jovencita, que se habia separado de su tia en el desorden, se asustó y cayó desmayada en mis brazos; yo la socorrí, yo la saqué de allí repartiendo puñetazos á derecha é izquierda; pero viendo que no volvia en sí, y que se juntaba mucha gente y hallándome debajo de los balcones de la señora Thomassin, donde me hospedaba, la subí en brazos á su habitacion.

Sargento. Ah! bribonzuelo!

Max. Si la hubiera usted visto, mi sargento! palida! los ojos entre abiertos!.. ah! Por fin conseguimos reanimarla echándole vinagre en la frente y dándoselo á oler. Despues la llevé á casa de su tia, una señora respetable de provincia que habia venido á París á ver las fiestas y que al dia siguiente se volvió con ella á la Normandia.

Sargento. Hombre! qué contratiempo!..

Max. Si lo es? A usted le hago juez: Cuando dos se

aman, cuando se adoran... porque nosotros nos adorabamos, mi sargento: asi fue que cuando nos separaron juramos amarnos eternamente. La tia se negaba á dar su sobrina á un pobre diablo como yo... y ya era imposible reparar nuestra falta de otro modo... pero qué falta! qué consecuencia tan inesperada tuvo!

Sargento. Cuál?

Max. Que llegué á ser padre. (*Bajo al Sagento.*) mi Sargento, sí señor, padre de una niña muy bonita que secretamente dieron á criar á un ama.) Tuve noticias exactas de todo un dia, único dia hermoso que he tenido! y en seguida no volví á saber nada. Cesó de repente la correspondencia: escribí cartas y mas cartas... nadie me respondió; hice un viage á la Normandia, y tampoco hallé á nadie... entonces, dige para mí «la niña habrá muerto, y la madre no querrá ni aun oir hablar de mí; resignémonos; » pero al decirlo se me saltaban las lagrimas á pesar mio...» en fin, es preciso consolarse, añadia yo; he perdido una y puede que halle diez » y me equivocaba, mi sargento, porque despues acá he encontrado catorce. (*Todos se levantan y toman sus morrales.*)

Sargento. Recluta, tu historia me ha interesado, pero la sensibilidad no debe hacerme olvidar mi obligacion... mientras que llega el otro destacamento es preciso repasar los giros.

Max. Sí, ya conozco que como soldados improvisados, tenemos que instruirnos marchando. Pero, perdóneme usted, mi sargento; el recuerdo de mi aventura me ha conmovido y me parece que seria mal hecho el ir á morir sin escribir una carta, á la ventura, para decir á la infiel que mi último suspiro será por ella y por nuestra niña... me lo permite usted?

Sargento. Concedido... eso es muy justo, es portarse con delicadeza; pero en seguida no hay que hablarme; en las filas se acabó la sensibilidad... muchachos, vámonos. (*Se va con los quintos.*)

ESCENA IV.

MAX: *despues un* CARRETERO.

Max. Aqui hay papel, tinta (*Yendo á una mesa.*) y todo lo necesario. No sé en que consiste, pero en este momento me parece que no debo desesperar de volver á hallar... qué disparate! En fin... (*Se pone á escribir y entra el carretero con una canasta cubierta.*)

Carretero. Hey! Ha de casa! Nuestro amo, hey!

Max. Quién diablos alborota asi?

Carretero. Es usted el mozo del café?

Max. Habrá gaznápiro!

Carretero. Es que yo quisiera al instante...

Max. Un vaso de vino, no es verdad?

Carretero. Qué, no señor, una taza de leche con azúcar.

Max. Una taza de leche para (*rie*) un carretero?

Carretero. No señor, si es para este angelito.

Max. Como, pues qué llevas ahí?

Carretero. Mire usted.

Max. Una criatura. (*Descubre la canasta.*) Dormidita! qué significa esto?

Carretero. Le diré á usted. Yo soy el ordinario de Chalons á París... ya sabrá usted que aquello está ocupado por esos perros de estrangeros; el ama de leche de esta criatura ha escapado con su marido por miedo á los cosacos, y como la chiquilla está ya destetada me ha encargado que la lleve á París con esta carta para su padre.

Max. Esa carta... Dios mio!.. mi nombre! las señas de mi casa!... esta niña... será posible! pero no tiene duda... que... (*Abre la carta.*)

Carretero. Eh! poco á poco, qué hace usted? va usted á abrir?...

Max. Sí, porque esta carta es para mí, Roberto Max.

Carretero. Es posible! Con que entonces esta criatura...

Max. Tambien para mí probablemente... digo yo... á no ser... porque yo creo que estoy soñando ó que me he vuelto loco... pero déjeme usted leer. (*La abre.*) Un segundo billete dentro; es su letra. « Po

si muero, ó me separa de mi hija cualquier otro acontecimiento le envio á usted el nombre y las señas de la persona á quien ha de entregarla firmado por ella! Pero el ama... veamos lo que me escribe. « Caballero, (*Lee.*) ya hace tres meses que no tenemos la menor noticia de la madre... no podemos tener con nosotros esta criatura mas tiempo en un pais ocupado por los estrangeros teniendo que andar huyendo de una parte á otra á cada instante, por lo que siguiendo las ordenes de su madre se la remitimos á usted. » Mi hija (*Va á la canasta que está en la mesa.*) Ay! que bonita es! bonita como su madre, ah! ella no existe! infeliz! no puedo dudarlo. (*Se enjuga los ojos.*) Pero yo la reemplazaré: ahora me toca á mí el cuidar de mi hija, educarla, preparar su porvenir... su porvenir! y no poseo nada en el mundo!... su porvenir y soy soldado? y tal vez pronto moriré: oh! no ya no debo pensar en eso, vaya al diablo la guerra, renuncio á ella, desertaré; pero me fusilarán y entonces mi hija quedará enteramente huérfana, sin amparo, sin apoyo, abandonada... Ah! que haré, Dios mio!

Carretero. Qué afligido parece que está! con que, mi amo, yo he concluido mi comision, y...

Max. Si yo encontrase (*Sin oirle.*) una buena muger que quisiera quedarse con ella... la enviaria mi pres...

Carretero. Caballero...

Max. Sí, es lo mejor, corramos... (*Id.*) pero entre tanto... (*Abre la puerta izquierda*) aqui en esta pieza del villar... no hay nadie... Carretero, toma esa canasta con cuidado y ponla sobre aquella mesa de villar... pronto... Mozo, mozo? (*El carretero lleva la canasta.*) Una taza de leche con azúcar, despáchate.

Mozo. Voy, voy. (*Dentro.*)

Carretero. Alli la tiene usted ya.

Max. Muy bien: ¿qué esperas? Ah! ya sé, tu comision. (Y no tengo un cuarto.) Mira, este relój es de plata las cajas valen veinte pesetas... haz cuenta que me cambias una moneda, cóbrate lo que te deba y dame la vuelta. (*Sacan la taza de leche.*) Escucha tú,

te prohibo que dejes entrar á nadie en el villar, yo pago las mesas por todo el dia; y si la criatura que está en la canasta se despierta, le darás con mucho mimo toda la leche que quiera. Vamos á caza de amas de cria. (*Vase con el carretero.*)

ESCENA V.

EL MOZO. *Despues* JULIANA.

Mozo. Qué diablos de geringonza trae con su criatura y su canasta? Yo creo que está loco el pobre recluta. (*Se oye llegar una diligencia.*) Hé! aqui está la diligencia de Chalons: á ver quien llega? Una lugareña... y nadie mas! Lástima de viage.

Juliana. (*Trae un lio y sale llorosa.*) Válgame la vírgen! Qué será de mí ahora! ya estoy en San Dionisio. Dios me la depare buena. Qué desgracia tan.... asina... tan... desgraciada! (*Se enjuga los ojos.*)

Mozo. (Calle! está llorando! Si habrá entrado para eso?) Oiga usted, buena muger; qué es lo que pide usted?

Juliana. Yo no pido nada: lo que quiero es que me haga usted el favor de leerme este papelote.

Mozo. «Señor Dofen, fabricante de cerveza, en San Dionisio, calle mayor, núm.» Ah! ya sé. Usted es el ama de la niña del señor Dofen. La está esperando á usted.

Dofen. (*Dentro.*) Dónde está, dónde

Mozo. Ahí le tiene usted.

ESCENA VI.

DOFEN, JULIANA.

Dofen. Ella es! ella es! (*Corre hácia el ama.*)

Juliana. Dios mio!

Dofen. Ay ama, si supiera usted que emocion esperimento al verla! Déjeme usted abrazarla para calmar mis sensaciones. Pero dónde está mi hija? Eh? Qué es eso? llora usted?

Juliana. Ay señor de mi alma! Yo me voy á morir de pesadumbre!

Dofen. Ba! morirse por eso... Conozco que debe usted sentir el separarse de ella; pero ya hace quince meses que la tiene usted consigo, y me parece que es tiempo de que vuelva al hogar paterno. Digame usted, ama, se me parece mucho?

Juliana. Yo no sé como decirle á usted...

Dofen. Cuántos dientes tiene?

Juliana. Cómo contarle...

Dofen. Ojos azules, no es verdad? Color de cielo?

Juliana. Ay! ay! ay!

Dofen. Sí, convenidos, la separacion es cruel; pero no me aturda usted mas, ama, con esos lamentos, vamos, vamos, tráigame usted á mi hija... quiero besarla en los mofletitos, y que su vocecita resuene en mis oidos paternales. (*Se oye llorar á una criatura.*) Ah! una criatura que llora! mi hija, eh? en ese villar.

Juliana. Oiga usted, señor.

Dofen. Déjeme usted, ama. Mi hija me está llamando. Allá voy, Anita, allá voy, chocorrotita. (*Vase.*)

Juliana. Qué haré! A donde va! Señor y sin que le haya dicho.

ESCENA VII.

JULIANA, MAX.

Max. Imposible encontrar en todo San Dionisio una muger que quiera encargarse de ella!

Juliana. Qué veo! tiene en brazos una criatura como la suya.

Max. Qué dichosos son! (*Mirando afuera.*) Hacen el ejercicio, se preparan á batirse y dentro de pocos dias!... Vamos á dar un poco de leche á ese angelito. Hola! una lugareña... tiene trazas de ama de cria... Dios mio si lo fuese!... Buena muger, por casualidad, busca usted cria?

Juliana. Yo... pues qué tiene usted alguna criatura que dar á criar?

Max. Tengo una rolliza y preciosa, que deseo confiar por algun tiempo, mírela usted; bien cerca está de aqui... en ese villar.

Juliana. En el villar. Válgame la vírgen! esa criatura es de usted! Usted es su padre!

Max. Asi lo creo, y si le acomoda á usted ser su segunda madre, y ganarse diez pesetas al mes es asunto concluido... desde ahora mismo; no la pondré á usted cortapisas en cuanto á si ha de comer esto ú el otro, con tal que usted me la mantenga sana y rolliza estoy contento, con que vamos, venga usted conmigo y la verá.

Juliana. Poco á poco, para qué quiere usted que vaya si yo...

Max. Qué, no quiere usted?

Juliana. Ay! si usted supiera en el tramujo que yo estoy!... lo que yo quisiera es, que alguno me sacara de este enredijo.—Si quisiera usted hablar por mí al señor Dofen.

Max. Y quién es ese señor Dofen? Yo no le conozco.

Juliana. Es ese que está ahí dentro con su hija de usted.

Max. Y qué tiene que hacer ahí? voy...

Juliana. No; escuche usted, por los clavos de Dios.... oiga usted antes.

Max. Pues vamos, esplíquese usted, buena muger, porque yo maldito si puedo adivinar...

Juliana. Sí señor, sí; yo le diré á usted todo lo que hay en el particular: Hará quince meses que el señor Dofen me envió á buscar á mi pueblo, y me encargó una niña recien nacida para que la criase, encomendándome, por supuesto, que la cuidase mucho. Yo me llevé mi cria, y á poco tiempo la tenia, que me alegrára que la hubiera usted visto lo que pesaba, y tan sanota; cuando de repente cayó no sé que diantre de enfermedad sobre todas las criaturas del pueblo que parecia una peste, y en dos dias el angelito, se... se...

Max. Se murió, vamos; y qué hizo usted?

Juliana. No sabia como enviárselo á decir á su padre... por fin recogí toda la envoltura, y iba á ponerme en camino cuando recibimos el dinero de los tres meses que nos enviaba adelantados como siempre. Ya se vé era preciso volverle aquel dinero.

Max. Es claro.

Juliana. Ya, sí; pero estábamos tan apurados en casa..! Llega uno á quien debia mi marido unos cuartos, vé aquel dinero sobre la mesa lo coge y se lo lleva. Entonces, ya se vé, cómo habiamos de decirle al señor Dofen lo de la niña sin volverle su dinero... se pasó una semana, dos, un mes, dos meses, diquia que Dios ha querido favorecernos: hace tres dias que hemos podido juntar por fin lo que nos envió y al mismo tiempo hemos recibido la carta del señor Dofen pidiendo su hija... he venido con el dinero...

Max. Y le ha dicho usted que la niña ha muerto?

Juliana. No señor, pues ese es el atascaero... asi que le he visto tan alegre porque iba á verla, no me he atrevido... se me atragantaban las palabras... al mismo tiempo empezó á llorar ahí una criatura... él ha echado á correr y la que ha encontrado en ese villar...

Max. Es la mia! Diantre! Poco á poco, cuidado con embrollarnos, que esa niña es hija mia, y no del señor Dofen.

Juliana. Chist. Calle usted, por Dios, si él lo oyese...

Max. Y que me importa á mí que lo oiga!

Juliana. Ya se vé, usted tiene razon: pero deje usted que se lo digamos poco á poco y con maña, nosotros dos; entiende usted? porque sino, ese pobre hombre ya vé usted, será darle un trabucazo. Mire usted, mire usted, como la besa, como la acaricia.

Max. Y es verdad! qué contento! si creo que llora de alegria; vaya una aventura singular!

Juliana. Pobre hombre, se deshace con el angelito.

Max. Se vuelve loco! (*Mirando siempre.*) Vaya si me ha enternecido.—Estaba tentado por... Pero le habia de dar á mi hija un padre tan feo! Cuidado si es horroroso el tal señor Dofen!! Si tiene una cara que embiste. Qué es ese hombre? Sacristan?

Juliana. Que, no señor, es muy rico; tiene una gran fábrica de cerveza en San Dionisio con una infinidad de dependientes, y mas dinero que menea un temblor de tierra. No, no, buena suerte pueden tener sus hijos!

Max. Sus hijos? qué tiene muchos?

Juliana. Ay! Solo tenia la que...

Max. Con que no tiene ninguno? (Un hombre rico, que

puede hacer por ella...) Pero tal vez algun barbarote, soberbio, de mal caracter...

Juliana. Calle usted, si es un cordero el infeliz!.... pues y su muger.

Max. Su muger... (Una madre!)

Juliana. Con que vamos, aconséjeme usted, que le parece á usted que haga?

Max. Yo no sé que decirla á usted. (La felicidad de mi hija, el consuelo y la esperanza de una familia... todo está en mi mano, y entonces podré ir á derramar mi sangre por la patria.)

Juliana. Ay, Dios mio! ya está aqui.

ESCENA VIII.

Dichos. DOFEN.

Dofen. Ama, ama! (*Sale corriendo y tropieza con Max.*) Perdone usted, disimule usted ese empellon á un padre que acaba de abrazar á su hija despues de quince meses que no la veia. Ama, vaya usted porque la niña empieza á incomodarse... en fin... vaya usted. (*Lleva á Max aparte y con misterio.*) Sepa usted caballero.

Max. Qué?

Dofen. Que mi niña tiene seis dientes.

Max. Sí, ya lo sé.

Dofen. Cómo! lo sabe usted?

Max. Sí, señor, acaban de decírmelo.

Dofen. Y usted la ha visto? es mi mismo retrato.

Max. (Ni mas ni menos.)

Dofene. Es bonita como un ángel: cuando he ido á besarla se ha llevado un susto de muerte la pobrecilla; pero al instante me ha conocido porque ha empezado á dar unos gritos!!

Juliana. Esta es buena ocasion (*Bajo á Max.*) para decirle...

Max. (Espere usted) (*Idem, y toma la mano de Dofen.*) Con que usted querrá mucho á su hija, no es verdad? me lo promete usted?

Dofen. Si la querré! Oh no puede usted concebir lo que... Y qué educacion la voy á dar!... como á una

princesa... aprenderá el piano, el dibujo, la gramática, la esgrima, á hacer dulces, bolsillos de abalorio... en fin, todas las artes de adorno posibles.

Max. (Este será un escelente padre.)

Juliana. Vamos, ande usted, dígale usted eso. (*Bajo.*)

Max. (Ahora.) Y mas adelante cuando tenga usted que pensar en acomodarla... tratará usted de asegurar su felicidad futura.

Dofen. Y para qué es para lo que yo trabajo con tanto ahinco? Oh! en cuanto á marido ya veré yo de que la toque uno bueno... Yo pagaré y mi hija escogerá.

Max. Escogerá, dice usted? Con qué usted no se opondra á su inclinacion, no la tiranizará?

Dofen. Yo! Calle usted, calle usted.

Max. Con que será feliz mi... su hija de usted?

Dofen. Como que de su felicidad depende la mia! (*A la derecha.*) Que sed tengo. Mozo!

Max. (Dónde podria yo dejarla con mas confianza?)

Juliana. Se le olvida á usted lo que le he encargado que le diga?

Max. Nada. Figúrese usted que no ha habido semejante epidemia en su pueblo, que la hija del señor Dofen no ha muerto, que está sana y rolliza y que es esa... entiende usted, silencio y déjeme usted á mí.

Juliana. Ay! no sabe usted cuanto se lo agradezco!... me saca usted de un apuro!!!

Max. Chist!

Dofen. Pero qué hace usted aqui, ama? La señorita Dofen necesita de usted. (*Vase Juliana y sale el Mozo.*)

Mozo. Quién llama?

Max. Yo. Qué llevas ahí?

Mozo. Vino de España, Valdepeñas para unos viageros.

Max. Saca otra. Señor Dofen, una copa de Valdepeñas á la salud de su hija de usted.

Dofen. A la salud de mi hija?

Max. Sí señor: quiero brindar por su felicidad

Dofen. Gracias, gracias, amigo, sí, por su felicidad. (*Beben.*) Usted es un buen muchacho, y esté usted seguro de que nunca olvidaré que ha bebido usted

por la felicidad de mi hija. Otro, otro brindis por el primer colmillo que eche.

Max. Bien. (*Repiten.*) Cuando sea grandecita puede que la hable usted de mí.

Dofen. Por supuesto que la hablaré de usted, de mi querido... Cómo es su gracia de usted?

Max. Roberto Max.

Dofen. Roberto Max. Oh! no se me olvidará. Su destino de usted?

Maw. Soldado.

Dofen. Soldado frances? Bien decia yo, que usted era un buen muchacho. Vaya otro vaso.

Max. Otra vez brindo por su felicidad.

Dofen. Bien, bien.

Max. Plegue á Dios que con el tiempo sea el encanto de cuantos la conozcan: que el pobre la bendiga por su buen corazon y que cuando la edad haya encorbado al hombre que le ha de prodigar tantas caricias y afanes, sea su dulce apoyo, el consuelo de su vejez.

Dofen. Querido Roberto, usted me hace llorar de alegria; siento que se vaya usted. Por la gloria de la Francia. (*Beben.—Suena una caja: y los quintos se van formando en el foro.*)

ESCENA IX.

Dichos. EL SARGENTO, QUINTOS *y luego* JULIANA *con la niña.*

Sargento. Ea, muchachos en marcha. Vamos, tú, buen mozo. (*Entra.*)

Max. Y he de irme sin verla, quizá por la última vez! Quede usted con Dios, querido amigo. (*Se dan la mano.*)

Dofen. Adios, adios.

Sargento. Vamos á las filas. (*Max se coloca en fila.*)

Sargento. Firmes. (*Juliana saca la niña, se dirije á Dofen, Max la mira.*) Por la derecha, á linear. Malditamente! voto á!...

Max. Allí está.

Sargento. Eh, tú, por la derecha he dicho. (*A Max.*) aquella es la derecha.

Max. Si pudiera llegar!...

Sargento. Firmes! por el flanco derecho, á la deré...

Max. Gracias, sargento. (*Max ha quedado el último, sale corriendo de la fila, besa á la niña, y vuelve á su puesto.*)

Sargento. Esas cabezas altas: cuidado: el tacto de codos. Ey, tú, parece que estas envarado, voto á brios! De frente, paso redoblado, marchen. (*La caja toca la marcha, pasan los quintos con el sargento á la cabeza. Max no deja de mirar á su hija hasta perderla de vista; Dofen la acaricia y cae el telon.*)

ACTO SEGUNDO.

Una sala baja de la casa de Dofen, con una puerta en el foro.

ESCENA PRIMERA.

DOFEN. ROSALÍA *y* ANITA.

(*Dofen, sentado junto á Rosalia, lee una carta. Anita, apoyada en el respaldo de su silla, le sigue con la vista.*)

Dofen. Por Dios, déjame acabar de leerla.
Rosalía. Si es inútil.
Anita. Haga usted el favor, tia.
Dofen. Eee... dice, ee... (*Lee.*) «De modo, amigo mio, que olvidando desde luego todas nuestras rencillas ocasionadas por su hermana de usted, y cediendo á las súplicas de mi hijo, le pido que me conceda para él la mano de la linda Anita, con la espresa condicion de que su tia la nombre su heredera, segun tiene ofrecido.—Queda de usted, y esperando su respuesta, su amigo y cólega, Valentin, Padre, mercader de cueros y concejal del ayuntamiento de Montereau, del que es usted alcalde.—Junio 3 de 1830.»
Rosalía. Has acabado?
Dofen. Sí, querida hermana; á no ser que quieras oir otra vez la misiva de mi amigo Valentin.
Rosalía. ¿Sabes que al ver que tienes el atrevimiento de leerme esa carta, deberia tenerte por un hombre tan impertinente como el que la escribe, si no te tuviese por un majadero?
Dofen. Gracias.
Rosalía. ¡Atreverse á hacerme semejante proposicion,

despues del insulto que he recibido de él!

Dofen. Convengo en que su hijo ha procedido con un poco de ligereza; pero...

Rosalía. Oyes; ya sabes que desde que faltó su muger, hace dos años, sirvo de madre á tu Anita, y que en este tiempo he rehusado cuantos casamientos se me han presentado.

Dofen. Sí; y en verdad que aun no sé por qué.

Rosalía. Tenia mis motivos para no casarme.

Dofen. Ya; nunca me los has dicho.

Rosalía. No ha habido necesidad de ello; pero ahora será regular que cambie de parecer; puede que aun sea bastante jóven y rica para hallar un marido, y por consiguiente no debo disponer de mi fortuna en favor de nadie: con que bien puedes escribirle que no pienso en dejarla ni poco ni mucho.

Anita. Qué mala es! (*Aparte.*)

Dofen. Pues, señor, es una resolucion...

Rosalía. Que yo no hubiera tomado si no me forzases á ello. Acuérdate de que ese jóven, que ahora sale con que quiere casarse con tu hija, y á quien yo veia con la mayor indiferencia, me ha hecho la corte por espacio de tres meses: que se lisonjeaba de que yo le amase, sí señor; por todo el pueblo ha ido diciendo que yo le adoraba; tanto que me hubiera casado con él por no oirle, cuando tu hija salió del colegio y vino de Paris á este pueblo: desde entonces el tal Valentinito dejó de ser galante conmigo y empezó á serlo con ella; ya no me hablaba de amor, y mucho menos de matrimonio... hasta que por conclusion sorprendí aquellas cartas inmorales, que he tenido la generosidad de quemar sin dejar una.

Anita. (Puede que alguna quede.)

Dofen. Pero tú sabes que en aquella ocasion desplegué yo una firmeza de carácter...

Rosalía. Sí; me dejaste á mí, y yo despedí al seductor; pero él para vengarse, me ha ido quitando el crédito, vilipendiándome por todo Montereau; no puedo salir á la calle sin que todo el mundo me señale con el dedo... y de ningun modo seré tan loca, que consienta en que mis bienes pasen á semejante

vivorezno; en este punto seré inexorable; nada me importa que digan que soy dura y desnaturalizada con mi sobrina, con tal que no haga un papel tan ridículo.

Anita. Pero tia!..

Rosalía. Y para cortar cualquier instancia que querais hacerme, os advierto que me voy de este pueblo.

Dofen. Nos dejas, muger?

Rosalía. Tu hija tiene ya la edad suficiente para quedar al cuidado de la casa. Mañana me voy á Paris.

Dofen. Mañana! (*Rosalía se va por el foro derecho.*)

Anita. (Bueno! se va al jardin y podré entrar en su cuarto.)

ESCENA II.

DOFEN. ANITA.

Dofen. Habrá loca! (*Volviéndose hácia la puerta por donde sale Rosalía.*) Pues no llega á figurarse que un jovencito rubio de veinte y tres años, que gasta anteojos de concha con sus vidrios azules, iria á enamorarse de una doncella de treinta y seis, teniendo á mano la muchacha mas linda!... vamos, si no tiene pizca de meollo... Yo tengo la culpa: por tenerla favorable á mi proyecto, aconsejé á Valentin que la contemplase, y vea usted! Oh, si yo hallara quien quisiese cargar con ella, todo se compondria, porque tu tia lo que quiere es un marido y no otra cosa. Por qué la naturaleza me ha hecho hermano suyo... yo me sacrificaria á tu felicidad casándome con ella!

Anita. Ya; pero eso no puede ser.

Dofen. No; es preciso buscar otro espediente: ahora que me acuerdo, qué es lo que yo tengo que hacer? Ah... con las ocupaciones de esta mañana se me ha olvidado almorzar, y es la primera vez que me ha sucedido desde que tengo uso de razon. German? German? el almuerzo.

Anita. (*Aparte.*) Mi tia está en el jardin y no tengo mas que un momento: es preciso coger las cartas antes que eche de menos la llave del pupitre. (*Alto.*) Me necesita usted, papá?

Dofen. No, hija mia: lo único que deseo ahora es que me traigan un buen par de chuletas. (*Anita se va: ruido dentro.*) Vamos, ya las traen... Calla! un gendarme!

ESCENA III.

Dichos y un GENDARME. MAX.

Gendarme. (*Empujando á Max.*) Adelante.

Max. No empuje usted, militar, no empuje usted.

Gendarme. Pues ande usted.

Max. Y si no quiero andar; si quiero estar parado... Ahora se me antoja sentarme. (*Se sienta en un sillon.*)

Dofen. Qué es eso? quién es ese hombre?

Gendarme. Un quimerista alborotador que le traigo á usted.

Dofen. ¿Un quimerista? Espera, que voy por mis insignias.

Max. Cómo! ese es el alcalde? (*Al gendarme.*) Le doy á usted la enhorabuena, amigo.

Dofen. Forastero, calle usted, y repare que está delante de un magistrado; delante del señor Dofen, ex-fabricante de cerveza de...

Max. Dofen! (*Levantándose.*)

Dofen. Bonifacio Doroteo Dofen.

Max. Será posible? aquel á quien yo!.. sí, esa cara esas narices!.. él es... mi querido Dofen!

Dofen. Calle! Usted... ah, sí, ya recuerdo... se llama usted... no me diga usted nada; el apellido acaba en tax... ax... Roberto.

Max. Roberto Max.

Dofen. El mismo. (*Al gendarme.*) Cabo de escuadra, retírese usted. Este alborotador no alborota nunca; dígale usted que disimule, y vaya usted con Dios.

Gendarme. Pero, señor alcalde, por camorrista cogido infraganti debia sujetarse al proceso verbal.

Dofen. Es un amigo; si ha roto algo, yo lo pagaré en el ayuntamiento. Váyase usted. (*El gendarme se va. Han traido el almuerzo.*)

Max. Gracias, Dofen. (Ahora me dará noticias.)

Dofen. Amigo mio, no sé cómo le he conocido á usted.

Max. Yo lo creo; me he desfigurado bastante; el pelo gris, las arrugas, y ademas esta cuchillada que recibí en Montmirail. Pero el carácter siempre el mismo: alegre y enamorado, como cuando tenia veinte años, y camorrista como un estudiante... en cuanto á eso no he perdido nada; al contrario, creo que he hecho progresos... A todo esto, estoy preso bajo su autoridad; con que empiece usted el interrogatorio; estoy deseando ver qué tal maña se da usted.

Dofen. Va usted á verlo. German, otro cubierto y una botella de Burdeos.

Max. Pues que...

Dofen. Que va usted á almorzar conmigo; y si se resiste usted, llamo á la guardia.

Max. Para qué? Acepto de bien á bien.

Dofen. Bebamos para abrir el apetito.

Max. Bebamos. (*Aparte.*) Quisiera preguntarle.

Dofen. Brindemos.

Max. Sí; pero sea como hace diez y seis años: á la salud de su hija de usted.

Dofen. De mi hija?

Max. No se acuerda usted de aquella niña que no tenia mas que seis dientes?

Dofen. Es verdad. (*Con misterio.*) Amigo, ahora tiene veintiocho!

Max. Con que, segun eso, vive?

Dofen. Por supuesto.

Max. Y usted la quiere mucho, no es verdad?

Dofen. Que si la quiero!.. estoy tonto con mi Anita; algunas veces chocho!

Max. (Se llama Anita.) Estará muy linda, eh?

Dofen. Es la perla de Montereau.

Max. Ah! no sabe usted el gusto que tengo en oirle.

Dofen. Vea usted un amigo! este es un verdadero amigo!! un escelente amigo!! es menester que nos veamos mas á menudo; pero beba usted.

Max. A su salud.

Dofen. Vaya.

Max. (*Aparte.*) No me voy sin verla.

Dofen. A todo esto, dígame usted; en qué consiste que siendo usted un hombre maduro y de razon, ha-

ya dado lugar á que la gendarmería le eche mano?... la verdad, eso es un poco... raro.

Max. Me han preso por una bicoca; por disputar en el café... y romper unos anteojos.

Dofen. Unos de concha?

Max. Creo que sí.

Dofen. Con vidrios azules! conozco al que los lleva; es un escelente muchacho.

Max. Luego debemos vernos, y tendré ocasion de conocerle mejor... Pero vamos, beba usted; perdone por ahora la dignidad municipal, señor Dofen, es menester alegrarnos hoy. Ea, otro vaso.

Dofen. No puede ser; soy alcalde, y por consiguiente no tengo mas sed.

Max. Y cómo es que se halla usted revestido de esa dignidad?...

Dofen. Amigo, desde que no nos vemos he fabricado mucha cerveza, sobre todo el año de 1815: á la entrada de los rusos, ingleses y demas tuve un consumo espantoso. Con el dinero de los cosacos compré una escelente propiedad en el departamento de la Marne; despues vendí la fabrica de cerveza y me fijé en Montereau, donde vista mi capacidad y la contribucion que pago me han elegido alcalde casi por unanimidad.

Max. Lo celebro.

Dofen. Y Usted qué se hace?

Max. Yo?

Dofen. Está usted empleado ó qué?

Max. Nada de eso: no dependo de nadie; lo que mas aprecio es mi libertad; con ella, algun amorcillo de cuando en cuando, buenos tragos de champagne y la imperial de una diligencia tengo todo lo que apetezco.

Dofen. Con que segun eso usted está dedicado á viajar?

Max. Sí, señor; por gusto y por oficio. Soy mercader ambulante, hago mis viages vendiendo y comprando paraguas y barómetros.

Dofen. Vamos se va pasando nada mas. Si espera usted un poco verá á mi hija, porque debe venir á esta pieza: yo voy á mi gabinete á mandar anular el proceso verbal contra usted. Despues me dará usted su

pasaporte y le refrendaré; con eso nadie podrá decirle á usted una palabra.

Max. Es decir que ya estoy libre.

Dofen. Por supuesto: no faltaba mas: verá usted á mi hija: qué linda, qué monísima y que amable! estoy seguro de que la querrá usted al instante: como que su amistad de usted hácia ella data desde los primeros dientes: se acuerda usted?

Max. Vaya si me acuerdo!

Dofen. Pronto vuelvo... Vaya el amigo mas antiguo que tiene mi hija despues de mí. Cuidado, no se vaya usted sin verla, querido.

ESCENA IV.

MAX *solo.*

Max. Me ha dejado solo... aqui... tan cerca de mi Anita: y voy á verla despues de diez y seis años!.. Hija querida!.. siento un placer desconocido y al mismo tiempo una inquietud... un pesar... ya se ve, tambien tengo un gran sentimiento por los dias que en medio de mi vida afanosa me he olvidado de ella. Despues de tantas investigaciones inútiles quién me habia de decir que la encontraria en este pueblo? Alguien viene: una señorita... Ah... será ella? Sí, ella debe ser... Animo: es preciso que me contenga; si le pareceré mal? Procuremos tomar un aire mas compuesto, que no conozca que soy un pobre diablo sin casa ni hogar... ni... Aqui está.

ESCENA V.

Dicho y ANITA *con varias cartas.*

Anita. Por fin las he hallado: todas estan en mi poder. (*Repara en Max.*) Ah!

Max. (Ay qué bonita es!)

Anita. Quién será este buen hombre? (*Se vuelve para ocultar las cartas.*)

Max. Y qué cuerpo!.. qué cintura (*Con vanidad.*) Es una obra maestra.)

Anita. (Cómo me mira!)

Max. (Que afortunado es el señor Dofen. Veamos cómo ha educado esta perlita.) (*Saludándola.*) Señorita, tengo el honor...

Anita. Caballero!.. (*Saludando.*)

Max. (Bien, ha hecho muy bien la cortesia!) Usted no se acordará de mí, por supuesto?

Anita. No señor, no hago memoria... (*Recordando.*)

Max. Pues, sin embargo; soy el mas antiguo conocido que usted tiene: ó mas bien el mas antiguo amigo.

Anita. Usted?

Max. Sí, señora: su padre de usted y yo la hemos besado á usted á un mismo tiempo la primera vez.

Anita. Ah. Es usted acaso mi padrino?

Max. No, señorita. (*Suspirando*) yo no tengo con usted ni aun ese parentesco... espiritual: (Tener que decir uno esto á su hija.) Nada; no soy mas que su mejor amigo... entiende usted? el mejor; y no estaré contento hasta que haya probado lo que digo.

Anita. A la verdad es usted muy amable.

Max. (Pobre criatura! Y no tener nada que ofrecerla! Nada... paraguas ó barómetros... Ah... esta sortija que ha cruzado intacta todos los montes de piedad de Francia.) Señorita, tiene usted la bondad de permitirme que coloque en su dedo corazon una prenda de esa misma amistad de que acabo de hablarla á usted?

Anita. Una sortija!

Max. Oh! no vale nada. (Sino fuera por eso sabe Dios donde estaria ya.)

Anita. Yo no sé si me es permitido aceptar...

Max. Eh? (Está bien educada.) No tenga usted reparo, hija mia: ademas de que mi edad la autoriza á usted para ello, luego que venga Dofen obtendrá su completa aprobacion.

Anita. Entonces la acepto, y le doy á usted las gracias.

Max. (De qué buena gana la daria un beso!)

Anita. Qué tiene usted? Qué es eso?

Max. Qué? Nada... sino que... (*Se acerca.*) Anita, hija mia! Yo bien sé que esa sortija es indigna por sí sola de servir de adorno á quien como usted posee alhajas de gran valor; pero quisiera que viese usted

en ella mi buena voluntad... en este momento no puedo disponer de otra cosa... Ya ve usted que yo no llevo nada encima que pueda ofrecerla: sin embargo, ahora y siempre puede usted contar conmigo como si yo fuera su mismo padre; porque ha de saber usted que esta amistad que la profeso data de mil ochocientos catorce; es un cariño de diez y seis años nada menos: ya ve usted que no es una friolera, y que...

Anita. No... y es particular! Le veo á usted hoy por la primera vez y sin embargo me parece que puedo tratarle como si le conociese á usted hace mucho tiempo; me infunde usted una confianza... Se conoce que tiene usted muy buen carácter: Será usted muy amigo de mi padre no es verdad?

Max. Si lo soy! Oh! Yo lo creo, hija mia! Vamos, vamos, sentémonos y hablemos aqui como antiguos amigos que somos. (*Se sientan.*) (Veamos) tengo que preguntarla á usted... han pasado tantas cosas desde nuestra última entrevista! Por supuesto usted estará en esta casa muy contenta? Será usted feliz?

Anita. Feliz!

Max. Qué? no?.. No me responde usted? acaso Dofen es uno de aquellos padres bárbaros que...

Anita. Mi padre! Ah! no señor. Mi padre jamas me ha ocasionado el mas pequeño disgusto... pero...

Max. Pero que... poco á poco. Me parece que usted tiene algun pesar, que está usted triste y eso no me acomoda... Vamos á ver; quién es el que causa su afliccion? Dígamelo usted pronto. Si es hombre soy capaz de matarle, y si es mnger... si es muger no sé lo que haré con ella.

Anita. Oh! no señor; yo no quiero que nadie mate á Valentin... pero él es el que causa mi pena.

Max. Valentin? Un joven que lleva anteojos azules?

Anita. Sí señor, el mismo.

Max. (Es el boquirrubio que me ha insultado en el café.) Con que es ese? Tranquilícese; usted yo le aseguro que pronto... (*Va á levantarse. Anita le detiene.*)

Anita. No, no señor, nada de eso: yo no quiero que le hagan ningun daño, porque le amo... lo entiende usted? le amo; pero su padre, que es muy rico, no

quiere dar el consentimiento para nuestra boda, si mi tia no me declara heredera de sus bienes.

Max. Y es esa toda la dificultad? Vaya, vaya, esa buena señora debe tenerse por muy dichosa en poder hacerla á usted ese pequeño obsequio... Pues no faltaba mas! su tia de usted? Yo me encargo de arreglarlo todo y se casará usted con el rubito; me alegro de poder darla á usted esa prueba de mi amistad.

Anita. Ah! Si usted hiciese eso...

Max. Qué haria usted? Vamos.

Anita. No sé, mi agradecimiento...

Max. Tal vez me daria usted entonces un abrazo!

Anita. Oh! Y muy apretado.

Max. De veras? Pues yo le prometo á usted que aun cuando tenga que revolver el pueblo de arriba abajo, para conseguirlo se ha de casar usted con el rubito. (Pobrecilla! y yo que queria dejarla sin futuro! Lo primero es escusarme con él de mi acaloramiento.) Hasta luego, Anita, y tenga usted confianza en mi: que soy hombre de palabra.

Anita. Ah! Si usted cumple lo que me ha ofrecido, será usted mi segundo padre.

Max. (Su segundo padre! Oh! en fin, mas vale algo que nada: seré el segundo.) A Dios Anita.

Anita. Volverá usted pronto?

Max. No tardaré. (*Vase.*)

ESCENA VI.

ANITA *sola.*

Anita. Qué amable es! Yo no sé esplicarme por qué; pero lo cierto es que me ha hecho concebir esperanzas. Una vez que estoy sola voy á ver si he recobrado todas mis cartas. Qué trabajo me ha costado encontrarlas! Vaya con mi tia! No contenta con guardarlas en su escritorio las va á meter en aquel diantre de caja donde tiene las alhajas y ademas las confunde con sus papeles. A ver. Dios quiera que esten todas! Una, dos, tres, cuatro... Si, estan; seis, siete, ocho... calla! Si yo no tenia mas que siete!

Está no tiene sobre: (*Las guarda todas menos la última que abre.*) No es letra de Valentin... Ay! no debo... yo no quiero quedarme con esta carta; no es mia.

ESCENA VII.

ANITA. DOFEN.

Dofen. Pues señor, ya tengo arreglado el asunto de mi amigo Max. Hola! qué es lo que hace aqui mi hermosa y única hija?

Anita. No, yo no debo leerla... La voy á poner donde estaba antes que mi tia... Ay! (*Viendo á su padre.*)

Dofen. A dónde corres tan precipitada, hija mia? Qué es eso que llevas ahí?

Aniia. Nada, papá; no es nada.

Dofen. Cómo que nada? Es un papel, una carta... Anita, en nombre de la autoridad que ejerzo sobre usted, le mando que me dé esa carta.

Anita. Ay, Dios mio; Mi tia va á saber...

Dofen. Con quién hablo yo, niña?

Anita. Aqui la tiene usted, papá.

Dofen. Qué significa esto, señorita? (*Despues de leer.*) Usted recibe cartas fechadas en 1813! (Pero qué veo!.. esta carta no es para ella...) Hija mia, yo te acusaba injustamente... tú eres la inocencia misma... pero dime, dónde has encontrado esta carta?

Anita. (Mi tia me va á regañar si mi padre habla con ella, y me va á quitar otra vez las cartas...)

Dofen. Responde.

Anita. Me la he encontrado en mi cuarto en el suelo... en el suelo del armario aquel viejo que está en la alcoba á los pies de mi cama.

Dofen. Dios de los ejércitos!

Anita. Qué es eso? Qué tiene usted?

Dofen. Nada, nada... vete, déjame... quiero quedarme solo, enteramente solo.

Anita. Por Dios, no le diga usted nada de esto á mi tia.

ESCENA VIII.

DOFEN *solo.*

Dofen. En el armario viejo de su alcoba! Era el de su madre... será posible! Habrá sido dirigida esta carta á mi difunta! Ay! yo me ahogo! Tengo en la garganta un tarugo atravesado! Valor y veamos.... Hum... de 1813. Pues ya tiene fecha! (*Lee.*) «Adorada prenda: no dilates un instante el darme noticias de nuestra hija.» Si habré leido mal? Sí, yo he leido mal... «De nuestra hija.» Uf! Qué encantadora debe estar! Engaña la vigilancia de tu Argos y escríbeme al momento. Ah! Por qué no gozas de completa libertad! Que no pueda yo decir á todo el mundo esa criatura es mia!..» Ay! no puede leer mas... ni quiero... Es posible que mi esposa!.. mi muger... aquella muger tan virtuosa y tan gorda, me haya engañado con tanta ruindad! Y yo que la he llorado diez y ocho meses!.. Con que es decir que esa chica, esa Anita, no es hija mia... No he tenido otra, con que no puedo equivocarla. Anita es producto del crímen de la infame Sinforosa! Anita no es ya mi único bien... Oh! me marcho; voy á salir de casa, necesito tomar el aire ó romperme la crisma en cualquier parte. (*Va á salir y se encuentra con Max.*)

ESCENA IX.

Dicho y MAX.

Max. (Pues señor, reconciliacion completa.) Hola, usted por aqui, señor Dofen? Me alegro.

Dofen. Hace usted muy mal en alegrarse. Qué quiere usted? No estoy para nada. Detesto á los hombres, y sobre todo á las mugeres. (*Se pasea.*)

Max. (Qué diablos tiene?) Qué es eso? Ha perdido usted la cabeza? Eh! Que soy Max, su amigo Max.

Dofen. Bien, sí, ya me acuerdo: usted lo que quiere es marcharse, y viene usted á que le refrende el pasaporte.

Max. Marcharme, marcharme... no tengo tanta prisa por separarme de mi amigo Dofen.

Dofen. A ver; venga el pasaporte.

Max. Aqui está. (El caso es que (*Saca el pasaporte y se le da á su pesar.*) quisiera ver otra vez á Anita, para noticiarla que todo va bien, y decirla que apruebo completamente su eleccion.)

Dofen. Dios mio! (*Confrontando el pasaporte con la carta.*) Qué es lo que estoy viendo?

Max. (Qué diantres le da!)

Dofen. Es este su pasaporte de usted?

Max. Por supuesto.

Dofen. Y esta firma?

Max. Es la mia... Le gusta á usted?

Dofen. Justo cielo! La misma letra de la carta adulterina!

Max. Dofen, amigo mio, qué es lo que usted tiene?

Dofen. (Y me llama amigo!) Dime, bandido, te acuerdas del año 1813?

Max. Qué?

Dofen. Lo sé todo, infame! Me has engañado, me has asesinado... me has... en fin, eres el padre de mi hija!

Max. (Ay, Dios mio! Ya lo sabe todo!)

Dofen. Eres el seductor de mi muger.

Max. Cómo? cómo?

Dofen. Tú pervertiste á mi cándida consorte, á mi Sinforosa, que era la virtud y la fealdad misma!

Max. Yo? Qué está usted diciendo?

Dofen. Calla, traidor! tengo entre mis manos tu ilícita correspondencia.

Max. Mi correspondencia?

Dofen Sí, perverso; hallada en el cuarto de mi muger! en el armario de mi muger!

Max. Cómo! Yo he escrito á su muger de usted? Yo?.. Vamos, usted está tocado de la cabeza.

Dofen. Silencio! Cómo tocado de la cabeza: cuidado con las alusiones. Mira! Conoces esta carta?

Max. Huy! Pues esta es otra!

Dofen. Conoces esta firma? (*La del pasaporte.*)

Max. Sí son mias, convengo en ello; pero vea usted el sobre y se desengañará de que...

Dofen. Qué sobre, atrevido, si no le tiene?

Max. Bien: pues si no tiene sobre, haga usted que venga aqui su muger, caréela usted conmigo, y...

Dofen. Si yo estuviese seguro (*Cerrando los puños.*) de llevarte en fuerzas lo que te llevo en razon, ya te enviaria á tí á carearte con ella al otro mundo.

Max. Ha muerto? Qué diablo! entonces es dificil que pueda decir... Pero, Dofen, amigo mio, le juro á usted que jamas he conocido á su virtuosa consorte; que jamas he tenido amores con ninguna muger fea. Yo no sé cómo diablos ha venido á parar á sus manos de usted esa carta; pero protesto que ha sido dirigida á otra persona.

Dofen. La prueba.

Max. Es que...

Dofen. Nada; la prueba inmediatamente.

Max. Pues bien...

Dofen. La prueba...

Max. Estoy discurriendo... porque... A menos que yo no le diese á usted la respuesta á esa carta, escrita y firmada por otra muger que no fuese la señora Sinforosa.

Dofen. Venga: dónde está esa respuesta?

Max. Dónde... donde... en mi cartera estará. (Hay tal apretar!)

Dofen. Todavía quiere engañarme el... pues bien, te cojo la palabra, infame; una hora te doy de término para traerme la respuesta...

Max. La tendrá usted antes. (Si la encuentro.)

Dofen. Reflexiónalo bien, una hora; si pasado este término no me la presentas, te destierro de mi demarcacion, arrojo de esta casa á tu Anita: ya puedes cargar con ella y llevártela en la imperial de tu diligencia; alli con tus paraguas y tus barómetros, y tu miseria... Entiendes? Una hora... (*Mirando el reloj.*) Son las doce y veinte y tres minutos: si el plazo espira sin que te hayas justificado, huye de mi vista, ó teme la venganza de un padre y de un esposo irritado. (*Max quiere hab'ar.*) Silencio! Lo dicho dicho. (Me voy, porque soy capaz de hacer una barbaridad.) (*Vase.*)

ESCENA X.

MAX *solo.*

Y se va!... Y muy persuadido de que yo he sido amante de su muger! Sinforosa... Sinforosa. — Si efectivamente habré yo conocido alguna Sinforosa?... Pero qué! si no recuerdo lo mas mínimo... Sin embargo, haber encontrado esta carta en el armario de su muger!... Y es mi letra, no tengo duda en cuanto á eso... tal vez por el contenido... Cómo!a. es posible! Diablo! Por dónde ha venido á parar aqui esta carta?... Es una de las que escribí á la madre de mi niña hace diez y siete años! Pero, cómo probarlo?... aqui no dice el nombre de la persona á quien escribia y su correspondencia la he quemado toda... Y no hay remedio, tengo que probar la inocencia de la difunta Sinforosa, porque de lo contrario habrá un escándalo y mi hija lo pagará. Dofen la echará de su casa y á Dios boda, y á Dios felicidad para mi inocente Anita. Estaba por escribir yo mismo la contestacion á esta carta!... No... ese medio es arriesgado! Si se descubre.—Si encontrase una buena muger, despreocupada, que consintiese en tomar sobre sí... Diantre, (*Mirando el reloj.*) ya no tengo mas que cincuenta y dos minutos... Vaya usted á improvisar en cincuenta y dos minutos una amante para mí y una madre para mi hija.

ESCENA XI.

MAX. ANITA.

Anita. Ay! Ay Dios mio! Ay! ay! ay! (*Llorando dentro.*)

Max. Qué oigo! mi Anita?

Anita. (*Sale.*) Ay! uh! uh! uh! Nu... u... un... ca me ha tra... a... tado de ese modo... aaay!

Max. Anita, qué tienes, hija mia? Por qué lloras asi?

Anita. Ay! No sabe usted lo desgraciada que soy! mi papá ya no o.. o.. o... me quiere... e... aaay!

Max. No te quiere? habrá viejo taimado! Pues qué te ha dicho, Anita?

Anita. Ahora mismo se me ha figurado que estaba triste, he ido á abrazarle y me ha apartado.. aaa.. si... (*Haciendo accion de rechazar con la mano.*)

Max. Por qué ibas á abrazarle?

Anita. Y me ha dicho que... que... que yo era fea! aaayy!

Max. Ha dicho una solemne mentira.

Anita. Verdad, que no es cierto?

Max. No, hija mia.

Anita. Y por último, me ha mandado que disponga mi ropa, porque dice que regularmente tendré que salir hoy mismo de Montereau.

Max. Pues! no lo dige! La echará de su casa sin compasion, ese alma de Cain... á mi hija, á mi pobre Anita!

Anita. Dios mio! Donde querrá que me vaya! (*Se sienta afligida.*)

Max. Qué haré?—Si le diera una paliza, tal vez... Bien que eso no le probaría nada en el asunto!... Si no hay otro remedio me la llevaré conmigo y como ha de ser! Despues de un tiempo malo otro vendrá mejor... con paciencia y animo... con eso verá tierras. Yo viajaré siempre en la imperial; pero á ella la llevaré en la berlina... La pondré un almohadoncito, y si mi tráfico de mercader ambulante no le gusta haré un baratillo con todos mis cachivaches y nos estableceremos en cualquier parte... me meteré á quincallero... ó pondré una fábrica de corbatines... ó una tienda de aceite y vinagre... Buscaré algun dinero, y yo me ingeniaré para juntarla un dotecillo. Vamos, (*A Anita que solloza.*) vamos, no llores mas, niña. No se encierra la bienaventuranza solamente en Montereau.

Anita. Ah! es que en Montereau es donde está Valentin!

Max. Es verdad... ya, ya entiendo. (Qué diablo! Ya se vé, le quiere, y una vez embutida en los paraguas y en los barómetros! á Dios boda! Cállate, amor paternal, ten paciencia... es preciso que esta criatura sea feliz: es preciso que se case con su Valentin.)

Anita. Y estoy segura de que mi tia es la causa de todo esto! (*Levantándose.*)

Max. Su tia de usted!

Anita. Sí señor, aquella de quien le hablé á usted esta mañana que se hubiera muerto de despecho si yo me hubiese casado antes que ella!

Max. Cómo! usted tiene una tia que quiere casarse?

Anita. Ella dice que no; pero rabia por tener marido. Quiso quitarme á mi Valentin, y porque no se salió con la suya ha jurado no presentarse en el pueblo sin estar casada, y si se empeña en sostener su palabra estoy segura de que nunca pondrá los pies en la calle.

Max. (Oh amor paternal! tú me inspiras.) No tengas cuidado, hija mia, (*Abrázala.*) yo te salvaré.

Anita. Qué dice usted?

Max. (No habrá rivales! Oh! el éxito es seguro.)

Anita. Alguien viene! Es ella!

Max. Tanto mejor.

Anita. Qué va usted á hacer?

Max. Voy á hacer una revolucion en el domicilio de mi amigo Dofen.

Anita. Pero...

Max. Chist... aqui está.

ESCENA XII.

Dichos, ROSALIA.

Rosalia. Qué veo! Un forastero! Qué hace usted aqui, señorita?

Anita. Tia, el señor no es forastero: es un amigo íntimo de papá.

Rosalia. Aqui no es necesaria su presencia de usted para nada. Retírese usted, yo se lo mando.

Anita. Ve usted esto? Lo ve usted? Si seguimos asi, me voy á morir de tristeza.

ESCENA XIII.

MAX. ROSALIA.

Max. Anda, no tengas cuidado. (Animo: aqui es preciso valor y resignacion. No tengo otro medio de justificar á la difunta y restablecer la paz... Pero dificultosillo es el lance.)

Rosalia. (Quién será este amigo íntimo de mi hermano que yo no conozco?)

Max. (Es preciso no embestirla bruscamente, no sea que se escame. Vamos buscándole las vueltas.) A lo que veo es la señorita Dofen á quien tengo el honor de saludar?

Rosalia. Sí señor, para servir á usted. Cuando no está presente mi hermano debo hacer los honores de la casa... Tenga usted la bondad de tomar asiento.

Max. Ah, ah! Mejor gesto me pone que á mi Anita.) Permítame usted. (*Acerca una silla, toma la mano de Rosalia y se detiene mirándola.*) Perdone usted, señora.

Rosalia. Qué es lo que mira usted?

Max. Estoy mirando... Mucho tiempo he despachado en comision guantes de infinitas fábricas, pero me atrevo á asegurar que dificilmente hubiera hallado entre todos ellos, unos á propósito para tan linda mano.

Rosalia. Gracias. (Es muy amable, este amigo de mi hermano.)

Max. (Se ha ruborizado... el candor... esto empieza bien.) (*Se sientan.*)

Rosalia. Con qué usted conoce á mi hermano?

Max. Desde el año de 1814.

Rosalia. Entonces le veria usted con frecuencia?

Max. Una sola vez le ví. En aquella época el digno cervecero... porque entonces era fabricante de cerveza... me alivió de una carga tan pesada para mi corazon, como para mis hombros, y desde aquel momento juré consagrarle mi presente y mi porvenir. En estos diez y seis años he corrido por esos mundos de Dios sin tener la menor noticia de mi mejor

amigo; hasta que ayer en el café del teatro, oí pronunciar su nombre: estaban murmurando, no precisamente de él, pero sí de una hermana suya, que ignoraba tuviese.

Rosalia. Hablaban de mí en el café?

Max. Si señora.

Rosalia. Y qué es lo que se atrevieron á decir?

Max. Mil horrores, mil atrocidades; de lo que me alegré infinito.

Rosalia. Cómo! Usted?...

Max. Yo, sí señora; porque asi tuve una ocasion de pagar á Dofen la amistad que le debo: insultarla á usted era insultarle á él, y vengar á su hermana era vengar á mi amigo. Contesté con un mentis á tres insolentes que le faltaban á usted al respeto debido; uno de ellos se levantó furioso para acometerme y yo le volví á sentar... en los ladrillos: los otros dos, viendo esto, se contentaron con amenazarme; pero les dige, arrojando una papeleta: señores, el que quiera algo ahi van las señas de mi casa; vivo en París calle de la Universidad, número doscientos treinta y cuatro, y echándoles una mirada imponente me salí del salon entre las aclamaciones de la galeria.

Rosalia. Vea usted á lo que se halla espuesta una! Agradezco á usted en el alma su generoso proceder.

Max. Oh! Bah, bah! No tiene usted nada que agradecerme; porque estoy seguro de que nada adelanté. Aun cuando hubiera muerto á dos de aquellos insolentes el tercero hubiera seguido diciendo á todo el que lo quisiera oir que usted jamas encontraria marido, que era usted una de aquellas mugeres incasables, intratables, inapeables... y que sé yo!

Rosalia. Dios mio! Pero qué haria para imponer silencio á esos atrevidos?

Max. Para imponerlos silencio! No hay mas que un medio, y se lo voy á proponer á usted.

Rosalia. Cuál?

Max. Es indispensable para ello... (aqui de mi valor!) es indispensable que se case usted inmediatamente.

Rosalia. Que me case!

Max. Usted me dirá á eso que un marido no se en-

cuentra asi como se quiere? Pero yo le responderé á usted que ya le tiene.

Rosalia. Le tengo!

Max. Ea, ponga usted á mi disposicion esa mano, que yo sé lo que he de hacer. (*La toma la mano.*) (Ay! el sacrificio de Abraham no tiene nada que ver con este!)

Rosalia. Pero cómo? Usted...

Max. Yo, sí señora; y en el momento verá usted á todos esos enemigos descarados, agachar las orejas al verla á usted pasar junto á ellos de bracero con un marido, que le aseguro á usted, que puede presentarse en cualquier parte con la cara descubierta.

Rosalia. Usted dice muy bien en eso... pero quien puede ser el que se digne reparar en...

Max. (Procuremos deslumbrarla.) Señorita, yo tengo cuarenta años de edad, soy ladino como un soldado viejo y alegre de cascos como un estudiante; estas son mis dotes de adorno: en cuanto á las de utilidad puedo ofrecerla á usted el tráfico de mercader ambulante que egerzo; dos mil pesetas al año que me produce, algunas deudas y ningun ahorro por ahora. Tengo ademas un brazo de hierro y un corazon sensible. Si la convengo, hable usted una sola palabra: mi corazon, mi brazo y todo mi ajuar los pongo á su disposicion, y mi apreciable amigo vendrá á ser mi cuñado.

Rosalia. A la verdad no sé como responda á una proposicion tan estraña como lisongera para mí.

Max. (Bravo! Parece que dió lumbre.)

Rosalia. Pero reflexione usted que acaba de llegar á este pueblo... qué dirán de una boda tan repentina?

Max. (Ella misma se clava.) Es muy justa esa reflexion; pero yo por nada me atasco. Dígame usted: quien dice que no podemos habernos conocido mucho antes de ahora?

Rosalia. Ya se ve: bien podiamos habernos conocido en otra ocasion.

Max. En mil ochocientos trece, por ejemplo.

Rosalia. En mil ochocientos trece? Sí.

Max. En París, supongamos. En aquella época yo la amaba á usted frenéticamente.

Rosalia. Enhorabuena. (*Riendose.*)

Max. Usted por su parte me amaba tambien.

Rosalia. Yo?

Max. Pues; supondremos que usted me amaba tambien un poco... apasionadameute.

Rosalia. No, eso no.

Max. Ya, ya sé que no; pero es indispensable decirlo asi para que la relacion parezca verosimil.

Rosalia. Si cree usted que es indispensable...

Max. Absolutamente. En mil ochocientos trece yo era muy joven y usted casi una niña: en esa edad el amor es una pasion que taladra el corazon, ciega el entendimiento, trastorna la cabeza, y hace cometer las mayores debilidades; por consiguiente nosotros... fuimos debiles tambien... de lo cual resultó...

Rosalia. Cómo! que es lo que oigo!

Max. Una niña... no si no resultará mas que una. (*Se levantan.*)

Rosalia. Calle usted. Qué horror, qué abominacion! Se estaba usted burlando de mi? O ha sido usted enviado aqui por mis enemigos para insultarme? Salga usted inmediatamente: se lo mando.

Max. Pero escuche usted.

Rosalia. Salga usted le digo.

Max. (Pues, señor, me ha de oir, hasta el fin; está envidado el resto y es preciso seguir la suerte á pesar de todos los diablos.) (*Cierra la puerta.*)

Rosalia. Qué atrevimiento! Qué es lo que hace usted?

Max. Hago lo que Hernan Cortes, saltar en tierra y quemar la armada; es decir, cerrar la puerta con cerrojo.

Rosalia. Usted me pierde... sola y encerrada con un forastero.

Max. Pero está en su mano de usted el que á los ojos de su hermano y de todo Montereau no sea yo para usted un forastero, si no un antiguo amante á quien la fatalidad y las circunstancias han separado de usted por el espacio de diez y seis años. Despues de mil diligencias al fin nos hemos encontrado, nos amamos como siempre y nos casamos inmediatamente: esto me parece que es muy sencillo, señora, y de una verosimilitud capaz de engañar á un comisario de policía.

Rosalia. Pero aun suponiendo que yo consintiese en semejante cosa, cómo probarla?

Max. (Ah! Llegamos al punto principal.) Nada mas fácil... finjamos una correspondencia... los que se quieren se escriben á todas horas... esto es muy natural... pues bien: tambien nosotros nos hemos escrito... De antemano habia preparado yo una carta con la fecha de mil ochocientos trece. Usted responde á este billete amoroso con uno tierno, abrasador, lo firma usted y con las dos cartas en la mano vamos en busca de su hermano de usted y le decimos. »Patriarca de la familia, los dos hemos pecado, danos tu bendicion y seremos felices.» (Gracias á Dios! Estoy sudando como un pollo.)

Rosalia. Ya veo que eso está bien ideado: en verdad es usted un hombre muy ingenioso.

Max. Será preciso convenir, por supuesto, en la fábula que debemos referir. A ver: Nos conocimos en mil ochocientos trece: á gran mentira fecha larga. Yo habitaria en Paris en la calle de Montorqueil, por egemplo.

Rosalia. (Qué es lo que dice?)

Max. En casa de la señora de Tomassin.

Rosalia. (Cielos!)

Max. Pondrá usted esos nombres que la digo porque eso dará á la fábula cierto colorido histórico, y ademas que ya estan puestos en mi carta.

Rosalia. Dios mio! Será posible! A ver esa carta: deme usted esa carta.

Max. Aqui la tiene usted?

Rosalia. No hay duda. (*Mirándola y despues á Max.*)

Max. Consiente usted?

Rosalia. Ah! esta carta... voy á responder á ella: si, voy á responder inmediatamente. (*Se pone á escribir.*)

Max. De veras? (Por fin, consiente. La suerte está echada. Mi hija y yo nos casaremos en un mismo dia... y quien sabe... tal vez me vaya bien... ya es tiempo de sentar la cabeza y mirar adelante y no me parece del todo mal la señora Dofen, y aun ha debido ser bastante bonita... antes de la restauracion.

Rosalia. Aqui tiene usted mi respuesta. (*Dándosela.*)

Max. (Como le tiembla la mano.) Señora yo... (Ay, á

mí me tiembla tambien... cosa particular! Ya hay entre nosotros simpatias.)

Rosalía. (*Agitada.*) Lea usted.

Max. (Señor, qué es lo que tiene mi futura?) (*Lee.*) «Mi querido Max...«Mi apellido! ¿Pues qué sabe usted mi apellido? (*Seña afirmativa de Rosalía.*) «No nos hemos reconocido: sin embargo, su pretendida fábula es una realidad.» Una realidad! «En efecto, en Paris, en casa de la señora de Tomasin, calle de Montorqueil, conoció á Roberto Max la desventurada=Rosalía.» Qué he leido! Rosalía! Es posible. Usted es...

Rosalía. Oh, continúe usted.

Max. Ah! un momento! Usted es Rosalía! Y yo no lo he adivinado, no la he conocido á usted! (Diantre! es que se ha desfigurado de un modo horroroso.)

Rosalía. Por favor, continúe usted.

Max. Ya... pero un reconocimiento de este género es capaz de trastornar la cabeza! Continuo: «Max, mi querido Max, qué habrá usted pensado al ver que no recibia cartas mias? Cuando se acercó el egército enemigo, mi tia me llevó precipitadamente á una posesion que tenia en Turena: interceptados los caminos, me fue imposible hacer llegar á usted ninguna noticia, ni saber del ama de mi niña. Caí enferma en mi retiro, y permanecí tres meses sin esperanzas de vida.»

Rosalía. Cuando me restablecí corrí á la aldea, donde creia encontrar á mi hija; pero los prusianos habian pasado por alli y habian quemado la cabaña de su nodriza: nadie pudo darme razon de aquella desventurada criatura, que lloro hace diez y seis años.

Max. No la llore usted mas: va á ser feliz, va á ser rica, y á casarse con el que ama.

Rosalía. Quién?

Max. Nuestra hija.

Rosalía. Ah! con que vive!

Max. Por supuesto; vive y está buena, fresca y linda, como su padre y su madre... digo, no, mucho mas bonita que su madre y su padre.

Rosalía. Ah! no me engañe usted, Max! Volveré á ver á mi hija? Oh! Cómo la voy á abrazar! Cuánto la querré!

Max. Sí, va usted á verla; pero es preciso que la trate usted con mas cariño que hasta aqui.

Rosalía. Cómo?

Max. Y sobre todo, es preciso que no le quite usted el novio.

Rosalía. No le entiendo á usted.

Max. Lo creo: porque lo que está usted oyendo parece un enigma, una charada, un logogrifo... Pues, ea, sepa usted...

Anita. Tia? Qué! No se puede entrar? (*Llamando á la puerta.*)

Rosalía. Al instante. Dígame usted; mi hija... (*A Max, impaciente.*)

Max. Rosalía, mi buena amiga, mi querida Rosalía; por Dios te pido que no haya gritos, ni ataques de nervios... Nuestra hija, nuestra preciosa hija, milagrosamente encontrada, es...

Rosalía. Acaba. (*Golpes en la puerta.*)

Max. Es la que llama á esa puerta.

Rosalía. Anita! Es posible! (*Corriendo á abrir.*)

Max. Sí; cambiada por su nodriza habiendo muerto tu sobrina; pero silencio te digo; no lo echemos á perder. (*La detiene y abre él sin dejar entrar á Anita, hasta que llama á un criado y le entrega la carta.*) Eh! A ver un criado!

Criado. Qué manda usted?

Max. Entra esta carta al señor Dofen, volando. (*Vase el criado.*)

ESCENA XIV.

ROSALIA. MAX. ANITA.

Anita. Está todavía enfadada mi tia conmigo?

Max. Ves á preguntárselo.

Anita. Tengo miedo.

Rosalía. Miedo de mí, criatura! De mí, Anita de mi vida!

Anita. (Qué cambio!)

Rosalía. Acércate... mas. (Ah! sí, conozco que no me has engañado. Es mi hija.) (*A Max.*)

Max. (Silencio, yo te contaré...)

Anita. Con que me quiere usted, segun eso?

Rosalía. Que si te quiero? Ah! Perdóname, hija mia! Perdóname el mal que haya podido hacerte, las lágrimas que te haya hecho derramar.... si supieses cuánto me pesa!.. pero lo repararé todo, y tú olvidarás lo pasado; no es verdad? Y me amarás. Ah! dime que me amarás, hija mia, y podrás hacerme todavía la mas dichosa de todos las madres.

Max. (Qué es lo que usted dice?)

Rosalía. Y qué importa? No soy su segunda madre?

Max. Sí, por supuesto. (Me habia asustado.)

Anita. Ay, tia mia! Si supiera usted qué placer me causa el oirla! Es la primera vez que me habla usted de ese modo? Cómo voy á quererla á usted, cómo la voy á abrazar! Tia querida!

Rosalía. Hija mia! (*Se abrazan.*)

Max. (Qué fatalidad! Los autores de (*Mirando á Anita.*) una obra tan bella, verse precisados á guardar el anónimo.)

Dofen. (*Dentro.*) Dónde estan, dónde? Quiero verlos.

Anita. Mi padre!

Max. El diablo le lleve. Viene á cortarme la escena mas tierna... Por Dios, Rosalía, disimula; no quites á tu hija con una sola palabra la herencia de tu hermano y la mano de su Valentin.

Anita. Ay, tia! Protégame usted. Si supiera usted qué de mal humor está mi padre...

ESCENA XV.

Dichos. DOFEN *con la carta en la mano.*

Dofen. Mi hija!... Dónde está mi hija?

Anita. (Ay! Va á regañarme!) Aqui estoy, papá!

Dofen. Mi hija, esta es mi hija! Arrójate en el seno paternal.

Anita. Calle! Tambien él!... Todo el mundo me quiere ahora!

Dofen. Verdad es que hoy he estado muy tirano contigo; pero tú me perdonarás... te lo pediria de rodillas, si no fuera por no deteriorar mi dignidad de padre y de alcalde de Montereau. Querida Anita, tú eres mi sangre, estoy seguro de ello... pondria las manos en el fuego.

Max. (Pobre hombre! Seria matarle el sacarle de su error!)

Dofen. Rosalía; sensible Rosalía, todo lo sé... (*Enseñando la carta.*)

Rosalía. Hermano, tengo otra noticia que darte.

Dofen. Cuál?

Rosalía. La de mi casamiento con el señor Max.

Max. (Toma, toma... á mí ya se me habia olvidado.)

Dofen. Cómo!... amigo querido! se casa usted con mi hermana? Ese si que es un rasgo de delicadeza, que lo he de hacer insertar en el boletin oficial del departamento.

Max. (*A Anita.*) Y usted se casará con Valentin.

Rosalía. Yo cedo á Anita las dos terceras partes de mi caudal: el señor Max se contentará con el resto.

Max. Ciertamente. (Al menos no dirán que caso á mi hija sin dote.) Con que, señorita, la prometí á usted casarla con Valentin, y he cumplido mi palabra. Usted me prometió un abrazo si lo conseguia, y espero...

Anita. Ah! Con toda mi alma! (*Le abraza.*)

Dofen. Hija mia, haces bien en abrazarle; por él vas á ser dichosa con el que amas. (*Abrazándola con ternura.* Te quiere casi tanto como yo mi buen amigo. Yo tengo mas edad, y si me muero, espero que tendrás en su muger una madre...

Rosalía. Ah! (*Anita está entre Dofen y Max, abrazada al primero y alargando la mano al segundo: á su espalda y junto á ella está Rosalía dándola un beso: los tres tienen la vista fija en este momento en Anita y esta en Max al volver el rostro hácia Rosalía.*)

Dofen. Y en él un segundo padre!

Max. Oh! lo juro con todo mi corazon!

.ion.—Hijo predilecto.—Hijos de Eduardo.—Hijos de Satanás.—Hombre de bien.—Hom-
lo.—Hombre de mundo.—Hombre mas feo de Francia.—Hombre misterioso.—Hombre
—Hombre feliz.—Honor español (comedia).—Honor español (alegoría).—Honoria.—Hon-
ovecho.—Hostería de Segura.—Haz bien sin mirar á quién.—Hombre propone.—Hija de
Gil.
ovisaciones.—Incertidumbre y amor.—Independencia.—Independientes.—Infanta Ga-
Intriga y amor.—Intrigar para morir.—Ir por lana.—Isabel de Babiera.—Yerros de la
l.—Ya murió Napoleon.
o II.—Jadraque y París.—Juana de Castilla.—Juana y Juanita.—Juan Dandolo.—Juan
a.—Juan de Padilla.—Judía de Toledo.—Juglar.—Juicios de Dios.—Jusepoel Veronés.—
Santa Gadea.—Justicia aragonesa.—Juan el tullido.—Juego de la gallina ciega.
es de Carnaval.—Lázaro el pastor.—Lealtad de una mujer.—Libelo.—Loca de Lóndres.—
gida.—Lobo marino.—Lo vivo y lo pintado.—Lucrecia Borgia.—Lucio Junio Bruto.—
Luis onceno.—Llueven bofetones.—La pasion y muerte de Jesus.—Los dos primos.—
—Luis y Luisito.
Allan.—Macías.—Madre de Pelayo.—Magdalena.—Mekbet.—Mansion del crímen.—Mar-
i cuál de los tres.—Marcelino el tapicero.—Margarita de Borgoña.—María Remond.—
le la bailarina.—Marido de mi mujer.—Marido y el amante.—Marino Faliero.—Massa-
Mas vale llegar á tiempo.—Máscara reconciliadora.—Matamuertos y el cruel.—Mateo, ó
el Espagnoleto.—Matilde.—Me voy á casar.—Me voy de Madrid.—Médico y huérfana.—
estraordinarias.—Mejor razon la espada.—Memorias del diablo.—Memorias de un co-
Memorias de un padre.—Mentir con noble intencion.—Mercader flamenco.—Mi Dios
empleo y mi mujer.—Miguel y Cristina.—Mi honra por su vida.—Mi Secretario y yo.—
s de Madrid.—Mi tio el jorobado.—Molinera.—Molino de Guadalajara.—Morisca de Ala-
locedades de Hernan-Cortés.—Muérete y verás.—Mujer de un artista.—Mujer gazmo-
jer literata.—Mulato.—Mauregato, ó el feudo de cien doncellas.—Maestro de esgrima.—
de baile.—Mancho, piso y quemo.—Mesa giratoria.—Martirios del corazon.
tio ni el sobrino.—Noche toledana.—No ganamos para sustos.—No hay mal que por
venga.—No hay humo sin fuego.—No mas mostrador.—No mas muchachos.—No siem-
nor es ciego.—Novia de palo.—Novio y el concierto.—No hay vida mas que en París.—
verano.—Nuevo sistema conyugal.—Novio de China.
cual noble aun con celos.—Ocasion por los cabellos.—Odio y amor.—Oliva y el lau-
a casa con dos puertas.—Otro diablo predicador.—Ocasion.
el marino.—Pablo y Paulina.—Paciencia y barajar.—Pacto del hambre.—Padre é hijo.—
le la novia.—Padrino á mogicones.—Page.—Palo de ciego.—Pandilla.—Parador de Bai-
ria.—Parte del diablo.—Partidos.—Para un traidor un leal.—Partir á tiempo.—Pascual
nza.—Pata de Cabra.—Pedro Fernandez.—Pelo de la dehesa, 1.ª parte.—Pelo de la
2.ª parte.—Peluquero de antaño.—Pena del Talion.—Perder y cobrar el cetro.—Perla
dona.—Periquito entre ellos.—Perros del monte de S. Bernardo.—Pesquisas de Patri-
luelo de París.—Plan de un drama.—Plan, plan.—Pluma prodigiosa.—Pobre preten-
-Poeta y beneficiada.—Polvos de la madre Celestina.—Ponchada.—Por él y por mí.—
splicarse.—Por no decir la verdad.—Pozo de los enamorados.—Premio del vencedor.—
ibre.—Primera leccion de amor.—Primero yo.—Primeros amores.—Primito.—Príncipe
.—Probar fortuna.—Pro y contra.—Proscripto.—Protestante.—Pruebas de amor con-
-Puntapié y un retrato.—Puñal del godo.—Por derecho de conquista.—Pava trufada.—
o de un reinado.—Programa de Manzanares.
lirán.—Qué hombre tan amable.—Quien mas pone pierde mas.—Quiero ser cómica,—
er cómico.—Quince años despues.—Quien á cuchillo mata.
llete y la carta.—Redaccion de un periódico.—Redoma encantada.—República conyu-
y monge.—Rey loco.—Rey se divierte.—Rey y el aventurero.—Reina por fuerza.—Re-
—Ribera ó la fortuna, etc.—Ricardo Darlington.—Rico por fuerza.—Rigor de las desdi-
Roberto D'Artevelde.—Roberto Dillon.—Rodrigo.—Rosmunda.—Rueda de la fortuna, 1.ª
Rueda de la fortuna, 2.ª parte.—Robert Macaire.—Rey de los azotes.—Retratos y ori-

—Samuel.—Sancho García.—Santiago el corsario.—Secretario privado.—Segundo año.—
dama duende.—Ser buen padre y ser buen hijo.—Siglo XVIII y siglo XIX.—Simon Bo-
.—Simpatías.—Sin nombre.—Sitio de Bilbao.—Sociedad de los trece.—Sofronia.—Sola-
n prisionero.—Solitarios, *zarzuela*.—Soltera, viuda y casada.—Solterona.—Soprano.—
-Soto.—Soto mayor.—Stradella.—Shakespeare enamorado.—Si te pica, ráscate.—Sálve-
e pueda.—Soy yo, *zarzuela*.—Santiaguillo, *zarzuela*.
o vales cuanto tienes.—Tasso.—Teodoro.—Testamento.—Tienda del rey don Sancho.—
Bengala.—Tio Marcelo.—Tio Tararira.—Todo es farsa en este mundo.—Toma y daca.—
groma.—Toros y cañas.—Tran Tran.—Tras él á Flandes.—Travesuras de Juana.—Tren-
s cabellos.—Tres enemigos del alma.—Trovador.—Tu amor ó la muerte.—Tumba sal-
Tutora.—Tomás el montañés.
ia.—¡¡Vaya un par!!—Vellido Dolfos.—Veneciana.—Venganza de un caballero.—Ven-
e un pechero.—Ventorrillo de Alfarache.—Ventas de Cárdenas.—Vengar con amor sus
Vicente Paul, ó los espósitos.—Vaso de agua.—Verdad por la mentira.—Verdad vence
ias.—Vieja del candilejo.—Vigilante.—Viriato.—Virtud en la deshonra.—Visionaria.—

Vuelta de Estanislao.—Valentin el guarda costas.—Ver para creer.—Víctima de la calu
Vicio y la virtud.

Un alma de artista.—Un año y un dia.- Un artista.—Un desafio.—Un dia de campo.-
de 1823.—Un francés en Cartagena.—Un liberal.—Un ministro.—Un monarca y su pri
Un novio para la niña.—Un novio á pedir de boca.—Un par de alhajas.—Un paseo á B
Un poeta y una mujer.—Una onza á terno seco.—Un rebato en Granada.—Un secreto
do.—Un secreto de familia.—Un tercero en discordia.—Un tio en Indias.—Una aventura
los II.—Una ausencia.—Una boda improvisada.—Una cadena.—Una vieja.—Una de tanta
y no mas.—Una mujer generosa.—Una noche en Burgos.—Una retirada á tiempo.—Un
no conspira.—Un verdadero hombre de bien.—Un cambio de mano.—Un Jesuita.—Un
como hoy muchos.—Un trueno.—Un baile de candil.—Ultima calaverada.—Una perla e
go.—Una noche y una aurora.—Union liberal.—Un pie y un zapato.

Zaida.—Zapatero y rey, 1.ª parte.—Zapatero y rey, 2.ª parte.

ESTA GALERIA

Consta de mas de 600 producciones, de las que se han formado:

12 tomos del **teatro antiguo español de Tirso de Molina,** á 160
80 idem del **moderno español,** á 20 rs. cada uno.
40 idem del **estrangero,** á 20 rs. cada uno.

Se vende en Madrid, en las librerías de CUESTA y RIOS, calle de Ca
y en las provincias en los puntos siguientes:

Alicante, Ibarra. - *Alcoy*, Viuda é hijos de Marti. - *Almería*, Alvarez. - *Avila*, Aguad
bacete, Ródenas. - *Almaden*, Cabanillas. - *Badajoz*, Viuda de Carrillo. - *Barcelona*, Piferre
navente, Fidalgo. - *Bilbao*, García. - *Burgos*, Arnaiz. - *Barbastro*, Viuda de Lafita. - *Cáce*
menez. - *Cádiz*, Viuda de Moraleda. - *Córdoba*, Arroyo. - *Cuenca*, Mariana. - *Ciudad-Re*
laguilla. - *Cartagena*, Berruezo. - *Coruña*, Labagi. - *Ferrol*, Tajonera. - *Guadalajara*, Sa
Granada, Zamora. - *Habana*, Charlain y Fernandez. - *Huelva*, Osorno. - *Jaen*, Calle. - *Jere*
no. - *Leon*, Argüello. - *Lérida*, Recxach. - *Logroño*, Verdejo. - *Lugo*, Viuda de Pujol. - *Li*
lleja y compañía. - *Málaga*, Medina. - *Murcia*, Riera. - *Mahon*, Vinen. - *Orense*, Perez. -
Alvarez. - *Puerto de Santa Maria*, Valderrama. - *Palencia*, Camazon. - *Palma de Mallorc*
bert. - *Pamplona*, Ochoa. - *Plasencia*, Pis. - *Puerto Rico*, Mestre. - *Reus*, Molner. - *Ronda*
ti. - *Salamanca*, Viuda é hijos de Blanco. - *Santiago*, A. Calleja y compañía. - *Santa*
Tenerife, Povver. - *Segovia*, Alonso. - *San Sebastian*, Garralda. - *Sevilla*, Hidalgo y com
Soria, Perez Rioja. - *San Lucar*, Esper. - *Seron*, Fernandez. - *Santander*, Basañez. - *Ter*
quedano. - *Toledo*, Hernandez. - *Talavera*, Sanchez Castro. - *Tarragona*, Nevot. - *Valen*
varro. - *Valladolid*, Hijos de Rodriguez. - *Vitoria*, Echevarría. - *Villanueva y Geltrú*,
Bertran. - *Vergara*, Oyarvide. - *Zaragoza*. Viuda de Heredia y Yagüe.

En las mismas librerías se venden las obras siguientes:

Figaro: cuatro tomos en 8.° marquilla con el retrato y biografía, 100 rs.
Alvarez: Derecho real, 2 tomos, 40.
Rossi: Derecho penal, 2 tomos, 36.
Astronomía de Arago: un tomo, 14.
Estas tres obras fueron aprobadas por la Direccion general de estudio útiles á la enseñanza pública.
Poesías de **D. José Zorrilla:** 13 tomos que se espenden sueltos, 220.
—— de **D. José de Espronceda,** con su retrato y biografía: un tomo,
—— de **D. Tomás Rodriguez Rubí:** un tomo, 10.
Recuerdos y fantasías por D. José Zorrilla: un tomo, 10.
La Azucena silvestre por el mismo, un tomo, 10.
Ensayos poéticos de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: un tomo, 20.
La Isla de Cuba considerada económicamente, por el Sr. D. Ramon Pasaron
tra, Intendente que fué de la misma: un tomo en 4.°
Coleccion de novelas históricas originales españolas, que consta de veinte y n
total de tomos, á 8 rs. cada uno.
El dogma de los hombres libres: un tomo, 8.
Respuesta al dogma de los hombres libres: un tomo, 6.
Composiciones del Estudiante, en verso y prosa: un tomo, 12.
Tauromaquia de Montes: un tomo, 14.
Memorias del príncipe de la Paz: seis tomos, 70.
Arte de declamacion, por Latorre, un folleto, 4.